

rido á lo último. En su imaginación se había grabado profundamente una antigua imprecación romana que había visto tiempo hacía en una galería de inscripciones: *Ultimus suorum moriatur*. ¡Tremenda maldición!

Una vez, sólo una durante muchos años, tuvo verdadero motivo de alarma.

29 de Enero de 1855.—El golpe más rudo que he sufrido desde Enero de 1835 (1). Una esquila de Margarita diciendo que Ana tiene la escarlatina. Margarita está expuesta también. Me quedé completamente trastornado. Me suplicaban que no fuese, pero yo no pude quedarme. Las vi á las dos y me consolé mucho. Parece que está conjurada la crisis y que había pasado lo peor antes de que fuese conocida la naturaleza de la enfermedad. Pocos días después dice: «Fuí á Westbourne Terrace y vi á Margarita. Empecé á ponerme nervioso por ella ahora que su madre se ha salvado. ¡Ay, que yo me haya apegado tanto á lo que tan fácilmente puede perderse! ¡Sin embargo, no quería que las cosas hubiesen pasado de otro modo!»

Seguramente no tenía motivos para desear que hubiesen pasado de otro modo, porque gozaba de la satisfacción de ver, no sólo que su afecto era apreciado y correspondido, sino que aquellos á quienes él idolatraba no se cansaban nunca de su compañía. Su conversación, nutrida y variada siempre, y á menudo apasionada y profunda, nunca estaba fuera del alcance de su auditorio; como orador que era de naci-

(1) En Enero de 1835 fué cuando supo la muerte de su hermana menor. En Abril de 1856 escribe: «Pasé el día quemando y arreglando papeles. Algunas cosas que tropezaron mis ojos me anonadaron un momento. Margarita. ¡Ay! ¡Ay!... ¡Pensar que ha muerto hace cerca de veintidós años, y la lloro como si fuese ayer!»

miento, procuraba sin esfuerzo aparente que cada frase que pronunciaba penetrase en la inteligencia de todo el que le oía. Era admirable con los niños. Infinidad de pasajes de su Diario y correspondencia prueban lo íntimamente que los observaba, lo bien que los entendía, y cómo, despierto ó dormido, jamás se apartaban de su pensamiento. En una carta á Mr. Ellis hace mención de un sueño que tuvo acerca de su sobrina menor, un sueño «tan vivo que tengo que contarle. Vino á mí con cara contrita, y me dijo que tenía que confesar un gran pecado; que el Diario de Pepys era una falsificación, y que le había forjado ella. «¡Qué! Yo he estado citando en artículos y en mi Historia una superchería tuya como un libro de la más alta autoridad. ¿Cómo podré volver á levantar nunca la cabeza?» Desperté con el terror, sintiendo aún en mis oídos la voz suplicante de la pobre Alicia.» De vez en cuando manifiesta su deseo de tener una conversación seria, familiarmente, y «sin las formas de una lección», con alguno de los muchachos que especialmente le interesaban. Sus lecciones no eran, en verdad, ni frecuentes ni formidables. Recuerdo confusamente una vez que quiso avergonzarme por una veleidad de holgazanería, poniéndose él como un ejemplo terrible del abandono de las matemáticas. No hay que creer, sin embargo, que Macaulay contemplase y consintiese á los niños que más quería. Al contrario, tenía ideas muy estrechas de lo que debía ser su conducta, y allá, á su modo, con calma, se tomó no poco trabajo por dirigir sus inclinaciones. Le apenaba visiblemente en los muchachos toda manifestación de terquedad, de mal genio, y, sobre todo, de egoísmo. Pero rara vez necesitaba expresar verbalmente su desaprobación. Su influencia sobre

nosotros era tan ilimitada, y tal nuestro temor de disgustar á quien nos trataba con cariño tan profundo y bondad tan manifiesta, que no cabía concebir castigo más tremendo que la conciencia de haber apesadumbrado á nuestro tío. Se reservaba, pues, sus censuras para los pecados menos graves de rimar viciosamente, de equivocar citas y cometer solecismos (ó lo que á él se le antojaba mirar como solecismos) en gramática, ortografía y acentuación—por ejemplo: escribir «Bosphorus» en vez de «Bosporus», y «Syren» en vez de «Siren», y, sobre todo, por pronunciar breve la penúltima sílaba de «Metamorphosis». —Este era nuestro mayor apuro, porque, á imitación de todo el mundo, nosotros procedíamos como rezaba una de las mejores anécdotas que nos refería del doctor Parr. Un caballero, á quien se censuró por nombrar la antigua capital de Egipto pronunciando «Alexandria», se escudó con la autoridad y el ejemplo del doctor Bentley. «El doctor Bentley y yo—replicó el doctor Parr, podemos llamarla «Alexandria», pero creo que usted haría mejor en llamarla «Alexandria».

En los últimos años solía llevar á sus sobrinas á las galerías de pintura; y, aunque estaba lejos de ser una autoridad indiscutible en materias de arte, era, sin disputa, un Cicerone muy agradable. En pintura, como en muchas cosas, tenía sus simpatías y antipatías, y unas y otras muy profundas. En 1857 escribe: «Cunde el preraphaelismo. Me alegro, porque, en fuerza de extenderse, perecen tales afectaciones.» En el Museo de Frankfort vió «varias obras, que se miran como maestras, del moderno arte alemán: todas, á mi modo de ver, muy pobres. Hay un Daniel en la cueva de los leones, que es una vergüenza que se exhiba. No me gustó tampoco el Juan Huss, y aún menos la

detestable alegoría de Overbeck. Un paisaje de Stanfield ó un animal pintado por Landseer vale por todos los chafarrinones místicos de todos los alemanes.»

Macaulay miraba las pinturas como hombre de letras más que como inteligente, juzgándolas, más que por sus méritos técnicos, con referencia á la elección del asunto y al modo de tratarle. «Había un Salvador—(dice en un lugar)—que me agradó ver, porque se me había ocurrido su pensamiento en Horacio: una encina herida por el rayo, y los augures mirándola sobrecogidos.» En 1853 escribe: La Exposición era muy buena indudablemente: magníficos Landseer; un excelente Stanfield; un Roberts muy bueno. Bueno era Ward; pero noté una falta patente en su cuadro de la Ejecución de Montrose—una falta, inseparable quizá de tales asuntos.—Montrose era un hombre de mala figura, y Ward creyó necesario ser fiel al original, y quizás estaba en lo justo. Pero todas las demás figuras son imaginarias, y cada una notable á su modo. Resulta de aquí que la figura central, no sólo es mala en sí misma, sino que aparece peor por contraste. En cuadros donde todas las figuras sean imaginarias no pasará eso, ni tampoco en cuadros donde todas sean reales.» A las críticas de Macaulay sobre arte puede aplicarse quizá lo que él mismo dijo de los veredictos literarios del doctor Johnson: «Cuando menos, significan algo: elogio que no puede pretender mucho de lo que se llama crítica en nuestro tiempo.»

Macaulay puede no haber sido un guía de confianza en las altas regiones del arte, pero había una esfera de educación en que, como maestro, podía medirse con los mejores. Un muchacho cuyas lecturas clásicas dirigiese él podría ser perezoso, pero no indiferente á su tarea. Al más torpe tenía que inspirarle el fervor

de aquel hombre cuyo pensamiento estaba frecuentemente, durante semanas seguidas, más en el Lacio y en el Atica que en el Middlesex; que conocía la vida y el carácter de los grandes hombres de la antigüedad tan íntimamente como los de sus rivales del Parlamento ó sus colegas en el gabinete; para quien Cicerón era tan real como Peel, y Curión tanto como Stanley; que estaba tan familiarizado con su Luciano y sus Historias augustas como otros literatos con su Voltaire y su Pepys; que lloraba de emoción con Homero y de risa con Aristófanes, y que no podía leer el *De Corona*, ni aun por vigésima vez, sin golpear con el puño el brazo de su sillón una vez por minuto, cuando menos. Como él mismo dice de lord Somers, «había estudiado la literatura antigua como un hombre», y gozaba de ella como sólo podía hacerlo un poeta. No hay palabras que puedan dar idea del encanto que el vigoroso y sincero entusiasmo de Macaulay infundía en los libros ó sucesos que le provocaban y alimentaban, ni de la impresión permanente que dejaba ese entusiasmo en los espíritus que sufrían su influencia. Todas las conferencias que tuvimos como maestro y discípulo, y á las cuales se refieren multitud de apuntes de su Diario, están tan vivas en mi memoria como, si, en vez de datar de hace veinte años, se hubiesen verificado el último estío. «Volví á casa, y cogí una porción de libros para Jorge: Scapula, Ainsworth, Luciano, Quinto Curcio.» Y en otro lugar: «Jorge estaba en casa, con un golpe que le impedía ir á la escuela. Le di una lección sobre los metros trágicos, que le valdrá por un día de clase, si la aprovecha.» Su preocupación por mis clásicos cesó con las vacaciones, porque sabía que en la escuela estaba yo en buenas manos. En Diciembre de 1856 es-

cribe á su hermana: «Me alegro de veras de que Vaughan siga por ahora en Harrao. Después del próximo Octubre, cuanto antes le hagan obispo tanto mejor.» De esta última opinión participaban cuantos deseaban el bien de la iglesia de Inglaterra, con la excepción desgraciadísima del mismo doctor Vaughan.

Macaulay me escribía á Harrow con bastante frecuencia, cerrando sus cartas con una masa informe de lacre, que desafiando los reglamentos postales disimulaba á menudo una moneda de oro. «Se dice — empezaba una vez — que lo mejor de la carta de una señora está en la postdata. Lo mejor de la carta de un tío está debajo del sello.»

Tumbridge Wells, 1.º de Agosto de 1853.

Querido Jorge: Me alegro de que trabajes de firme. ¿Has leído alguna vez el *Paraiso perdido*? Si no, te aconsejaría que le leyese ahora, porque es el mejor comentario que conozco sobre el *Prometeo*. Había gran semejanza entre el genio de Esquilo y de Milton; y esto se ve muy palpablemente en esas dos maravillosas creaciones de la imaginación: *Prometeo* y *Satán*. No creo que Milton sacase el *Satán* del drama griego; porque, aunque era gran humanista, según la moda de su época, me sospecho que no dominaría bien á Esquilo. No puedes figurarte lo que han aumentado las facilidades para leer los autores griegos en los doscientos años últimos, lo mucho mejor que se imprime el texto ahora, y la mucha luz que han proyectado sobre los pasajes oscuros los trabajos sucesivos de hombres doctos. Yo me di cuenta de esto perfectamente cuando repasé en Althorp la magnífica colección de las ediciones Aldine de lord Spencer.

Multitud de pasajes, que ahora son completamente llanos, no eran más que sartas de disparates. Y no hubo escritor que padeciese más que Esquilo.

Nota, particularmente en el Prometeo, la magnífica historia del origen de las artes y las ciencias. Ese pasaje demuestra que Esquilo fué, no sólo un poeta de primer orden, sino un gran pensador. Es moda llamar á Eurípides poeta filosófico; pero yo no recuerdo en Eurípides nada tan filosófico como esa rápida enumeración de todos los descubrimientos é invenciones que constituyen la diferencia entre el hombre salvaje y el civilizado. La última parte de la obra es soberbia.

Aquí estoy muy atareado preparando para la estampa algunos de mis discursos; y durante el día no hago ninguna lectura más que cuando salgo á pasear, y entonces leo á Platón, uno de los cinco atenienses superiores. Los otros cuatro son tus amigos Esquilo y Tucídides, Sófocles y Demóstenes. No conozco un sexto ateniense que pueda añadirse á la lista. No están en ese caso ciertamente ni Eurípides, ni Jenofonte, ni Isócrates, ni Esquines. Pero me olvidaba de Aristófanes. Tanta mayor vergüenza para mí. Ese hace el sexto, y ya seguramente no puedo añadir á los seis ningún otro. ¡Cómo me entretengo en charlar sobre esta gente antigua, cuando debería estar pensando en otras cosas!

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.

Durante mi último año de colegio, mi tío me dispensó el honor de convertirme en vehículo de un elogio á lord Palmerston. «El poema latino de Jorge—escribe á Mr. Ellis en la primavera de 1857—es un relato de

una excursión por el Rhin á imitación de la quinta sátira del primer libro de Horacio. El final no le gusta á Vaughan, y realmente no es bueno. Yo he indicado una terminación que me parece más afortunada. Los viajeros se ven complicados en un enredo en Heidelberg, y son detenidos. Ahora la cuestión es saber cómo librarlos. Aconsejo á Jorge que aparezca él mismo diciendo que es inglés y que habrá quien vele por que un ciudadano inglés sea tan respetado como un ciudadano romano. El nombre de Palmerston procura instantáneamente á los presos su libertad. Palmerston, como recordará usted, fué alumno de Harrow. Me ha ocurrido la siguiente terminación:

*Tantum valuit praeobile nomen,
Quod noster collis, nostra haec sibi vindicat aula;
Quod Scythia, quod tortâ redimitus tempora mîtrâ
Persa timet, dirroque gerens Ser bella veneno.*

No hable usted de esto, porque pueden creer que he ayudado á Jorge, y no hay una línea en sus composiciones que no sea suya.

Puede concebirse en medio de qué tempestad de aplausos se recitarían en Harrow, esos briosos versos (que recuerdan quizá á Claudiano más que á Horacio) ante un auditorio tan orgulloso de Palmerston como pudo estarlo de Cannig un auditorio de Eton (1).

(1) Para explicar la alusión de los versos de Macaulay hay que recordar al lector que en Julio de 1857 estaban frescos aún los laureles rusos de Palmerston, y que en los últimos meses había llevado á feliz término el conflicto persa y empezado una guerra con China. Las hostilidades dieron principio con un atentado de un panadero de Hong-Kong, llamado Alum, que quiso envenenar á Sir John Bowring.

27 de Agosto de 1857.—Un gran día de mi vida. Me quedé en casa, muy triste por lo de la India (1). No es que dude del resultado; pero la noticia es desconsoladora. Me fui á comer, y apenas había empezado, cuando vino un mensajero con una carta de Palmers-ton, ofreciéndome la dignidad de par, con el beneplácito de la reina. Me quedé muy sorprendido. Quizá jamás se ha hecho tal ofrecimiento sin la menor solitud, directa ni indirecta, á un hombre de humilde origen y de modesta fortuna, que había abandonado hace tiempo la vida pública. No vacilé en aceptar, con mil expresiones de respeto y gratitud; pero Dios sabe que las pobres mujeres de Delhi y de Cawnpore me preocupan más que mi corona. Me fué preciso elegir un título de repente. Resolví ser barón Macaulay de Rothley. Allí he nacido; allí he vivido mucho; llevo el nombre de la familia que tuvo el señorío durante mucho tiempo; allí fué rector mi tío. Nadie puede quejarse de que tome el nombre de una aldea que no es propiedad de nadie ahora.

Macaulay salió del país el 1.º de Septiembre. Después de su regreso del continente, dice: «Ayer, al venir de la estación á Holly Lodge, entré en la Institución Real, y vi los periódicos de la última quincena. Mi elevación promueve una exclamación general de júbilo. Me satisface de veras ver lo bien que estoy con el público y que ha sido un paso afortunado para Palmers-ton el concederme á mí esta dignidad.» «Creo—escribe mi madre—que el haberle hecho par es una de las pocas cosas que aprobaba todo el mundo. No recuerdo ninguna opinión adversa. El se regocijaba de ello,

(1) Estaba entonces en su apogeo la insurrección de los cipayos. Empezaba á traslucirse en Inglaterra la verdad sobre el asunto de Cawnpore.

como le pasaba en todo, sencilla y cordialmente. Aquel verano hicimos una excursión al Tirol; y á la vuelta, yo y mis hijos, nos detuvimos en París para pasar unos cuantos días en el hotel del Louvre con tu tío y mister Ellis. Me acuerdo muchas veces de nuestra llegada á las once de la noche, de la mesa puesta que nos aguardaba, de su alegre recibimiento, y de cómo nos invitó á acertar la noticia que tenía, y de su desencanto al ver que yo la acerté inmediatamente. Luego lo que disfrutamos juntos: la última reunión completa, porque al año siguiente empezó el cambio, y el cambio ha sido después la regla de mi vida.

Al Reverendo Dr. Whewell.

Holly Lodge; Kensington, 9 de Octubre de 1857.

Mi querido maestro: Gracias por su bondad, que es lo que ha sido siempre. Desgraciadamente, yo estoy tan resfriado y Trevelyan tiene tanto que hacer, que ninguno de los dos podremos ir á Cambridge la semana próxima acompañando á nuestro mozo—porque á los dos nos interesa igualmente.—Es para mí una alegría el saber que ahora tengo un nuevo vínculo con la Trinidad.

Siempre suyo,

MACAULAY.

Mi tío había estado esperando mucho tiempo el período de mi residencia en la universidad como una ocasión para reanudar los antiguos recuerdos que tanto